

# Asarjaddón

Juan José Cabedo Torres

Enero de 2005

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

*Su hijo Asarjaddón reinó en su lugar*  
(Isaías, 33, 37)

*It's not time to make a change,  
just relax, take it easy*  
(Cat Stevens)

No recuerdo con claridad dónde me encontraba cuando vino el inspector. Es raro, suelo acordarme de todos los detalles con precisión matemática. El inspector se apellidaba Pozo, o Del Pozo, pero todos lo llamaban Selmao. Es el nombre que figura en su ficha. Lo más probable es que estuviera en el garage, reparando la segadora, o en la buhardilla, revisando las notas de la última detención. Decidí instalar el despacho en la buhardilla porque es la estancia más luminosa de la casa. Luz para escribir, luz para pensar. Me gusta redactar los informes en el papel oficial que nos manda la Oficina de Servicios. Tiene una fina orla negra.

También es posible que estuviera haciendo alguno de mis trabajos manuales. Soy razonablemente mañoso y entretengo así mis momentos de ocio. El tiempo pasa más deprisa cuando haces algo con las manos y la actividad destierra la funesta manía de pensar. Mi obra maestra es la catedral de Burgos a escala. La estoy erigiendo utilizando únicamente huesos de aceitunas. Sólo almacenar el material necesario para su construcción me llevó años. Debo decirles que no me gustan las aceitunas, pero me obligaba a comerlas. Podría haber acudido a una fábrica de conservas. Hay una en la comarca, no muy lejos de mi casa. Vacían la aceituna y rellenan el hueco. Usan anchoas, o pimientos morrones. Estuve tentado varias veces, ya saben, en los momentos de desaliento, pero me alegro de no haberlo hecho. No habría tenido mérito. Así entiendo yo la vida. Que no me gustan las aceitunas, ración doble. Hay que enmendarle la plana a la naturaleza. La pobre se pasa el tiempo equivocándose. Lo veo constantemente en mí. También en los otros. Mi hijo, por ejemplo. Por aquella época no le gustaban las aceitunas. En eso salió a mí. Le expliqué que necesitaba los huesos para levantar una maqueta que pasaría a la historia de las manualidades por su rareza. Le hablé de disciplina y de autocontrol. Le dije que él y yo éramos la misma cosa. ¿Qué creen que me contestó? Me dijo que pidiera ayuda, pero que a él lo dejara en paz. Me sugirió que pusiera un anuncio en el periódico. Incluso redactó el texto: «Se compran huesos de aceituna rechupeteados».

Eso no puede ser, le dije. Por la saliva. El ADN está en la saliva. Y en el esperma.

Mi hijo se llama Víctor, pero siempre le he llamado Nené. Es más francés. Admiro ese país. Mi sueño es levantar la torre Eiffel utilizando exclusivamente mondadientes redondos. A Nené le explicaba pacientemente cómo sujetar la aceituna con la lengua y cómo descarnarla de tres certeras dentelladas. Él se negaba pero yo le obligaba. Para forjar el carácter. El esqueje que se tuerce, ya no hay quien lo enmiende.

Cuando aprendas a obligarte a ti mismo, le decía, cuando el dominio de las pasiones sea una necesidad interior, te habrás convertido en mí. En ocasiones me daban ganas de abofetearle, pero no fue necesario.

El inspector entró en la casa por la parte de atrás. Rodeó el jardín y se coló cautelosamente en el gabinete. Cuestión de seguridad. Así evita las miradas indiscretas de los vecinos. Eso me dijo. Consideré inútil explicarle que hace años que no vive nadie en esta parte de la ciudad.

Me encontró frente a mi obra, descansando la mente. Los contrafuertes de los muros me había creado más dificultades de las previstas. Los huesos de aceituna se resistían a formar una de las ojivas. Inútil encabronarse cuando la realidad se confabula contra uno. La única posibilidad es practicar la meditación. Decidí sentarme en la butaca y resolver el crucigrama del periódico. Es una forma de descanso activo. Te relajas y al mismo tiempo mantienes el espíritu en forma. La molicie difumina los efectos del soplo inicial con que Dios nos pone en marcha. Con la inactividad el pneuma que nos sustenta escapa por las orejas, por las narices, por la boca. Para contrarrestar las fugas no hay nada como tener ocupada la mente.

El inspector Selmao traía una zarza prendida de la pernera del pantalón. La pernera izquierda, creo. Se lo hice notar.

Selmao, dije, la zarza.

Clavé la mirada en la dirección apropiada. Levanté de paso una ceja. Un poco de ayuda gestual a la inteligencia. No le gusta que le llamen Selmao. Por eso lo hago, por fastidiarle. Me miró con unos ojos que la edad había empezado a humedecer. En otro tiempo sus córneas me recordaban dos esferas de goma bajo el sombrero de hongo. Era más joven. Yo también. Mi mirada era más lírica que ahora. La visión de la zarza lo paralizó. No le censuro. Medía más de metro y medio. Casi dos. La perplejidad lo detuvo en un actitud intermedia. Estaba a punto de completar un paso y se disponía a iniciar otro. No sé por qué me recordó a Apolo persiguiendo a Dafne. Selmao tardaba en comprender. Se escuchaba el runrún de las ruedecillas de su cerebro a través del cráneo. Un cráneo grueso, pero transparente. Esperé unos segundos. Me gusta dar a la gente la posibilidad de conocer por sí misma las propias limitaciones. Es mejor que mostrárselas. Se evitan malentendidos. Son pocos los que acogen con grandeza de espíritu una crítica, un consejo, una sugerencia. Por fin se dio cuenta. Menos mal. La zarza estaba a punto de echar raíces en las venas de su pierna. O de arder. Raíces en las varices. La cogió con dos dedos y tiró suavemente. No sólo se desgarró el pantalón, también la piel de las pantorrillas, una piel blanca y lisa. Yo creo que se depilaba. Pensé hacer una referencia estética a la corona de espinas mientras luchaba con la zarza, pero me contuve. A veces no conviene hurgar en la herida. Selmao blasfemaba. Me pregunté si Dios se ofendería lo suficiente como para hacerle vagar sin rumbo por la superficie de la tierra por toda la eternidad.

Selmao es de Ponferrada. Eso resta posibilidades a los ojos de Dios. Además, una vez que tenemos el castigo, viene la redención. Un bonito tema. Blasfemas, vagas por la superficie de la tierra y te redimes. La redención por el amor. O por la muerte.

Está usted sangrando, dije.

Había dejado de blasfemar y se chupaba la yema del pulgar. Lo hacía con fruición. Yo creo que aprovechaba la circunstancia para regresar a la infancia, pero no le dije nada. Al fin y al cabo somos mamíferos. La naturaleza nos demanda chupar para sobrevivir. Sangre, leche, semen, saliva, cualquier fluido corporal vale. En cuanto a la infancia, la considero la etapa más absurda en la vida de una persona. Los paseos con la niñera por el parque. El descubrimiento

del mundo. El asombro. Luego todo se pierde. No había más que ver al inspector Selmao chupándose el dedo.

Tome asiento, dije. ¿De qué se trata?

Se sentó en el butacón de cuero y me tendió un sobre acolchado.

¿Podría ofrecerme un café?, dijo. Llevo caminando toda la mañana.

Se miró de reojo los pies hinchados dentro de los zapatos baratos. Intentó mover los dedos de los pies. Inútil. Me fijé en que llevaba calcetines negros, de mercadillo, rematados con una cinta multicolor. Los colores de la enseña nacional.

No, le dije, la criada ha salido inesperadamente. Además nos han cortado el gas y la luz.

Cualquier excusa es válida para castigar la impertinencia de un subordinado. Un vulgar intermediario. ¿Qué se había creído? Cada uno en su lugar. Ni siquiera le dejé fumar. Selmao se pirraba por echar humo. Como todos los inspectores. Fumadores irredentos. Eso es lo que me llevó a prohibírselo. Fue un puro ejercicio de autoridad.

Es un caso de ejecución, dijo.

Quería darse importancia. Era obvio. Cualquiera se habría dado cuenta por el color del sobre. Hasta un niño. Puede incluso que un niño inventara el absurdo sistema de los colores. Azul, detención. Amarillo, detención y paliza. Rojo, detención, paliza y ejecución.

Recliné la espalda en el sofá de cuero y me acaricié la barbilla con la mano libre. En la otra, la izquierda, sujetaba el sobre rojo. Reflexionaba. ¿Quiéren saber qué pensaba? Pues que se me presentaba una inmejorable ocasión para iniciar a mi hijo. Se está haciendo un hombre, pero madura despacio. Necesita un empujoncito.

El inspector se marchó. Sus pisadas crujían en el camino de grava. La hinchazón de los pies le hacía andar como un pato.

He solicitado una bicicleta, dijo antes de irse. Para los desplazamientos.

Buscaba mi compasión. Se la habían denegado. La bicicleta, me refiero. Por razones presupuestarias. Cuando se alejó lo suficiente perdió la forma humana y se transformó en un diminuto ganso. Un ganso negro contoneándose en la lejanía.

Encontré a Nené en su cuarto leyendo un libro.

Prepárate, le dije, no vamos.

Adónde, preguntó.

No le contesté. Nunca lo hago. No conviene dar demasiada información. Es dañino y contraproducente.

Acuérdate de ponerte los calcetines de lana y las botas.

Sí, pero dónde vamos.

Insistía.

No es bueno querer saber demasiado, dije. Eso es lo que destruyó a Adán.

Fue Eva la que sintió curiosidad, dijo.

Eva no cuenta, nunca ha contado, dije.

Yo no quiero ir, dijo, prefiero quedarme aquí leyendo.

Si hay algo que me enerva es la obcecación.

Partimos al día siguiente, de madrugada. Tuve que llamarlo tres o cuatro veces. Dormía como una damisela tras su primera noche de sexo. Incluso le caía un hilillo de baba caliente por la comisura de los labios. A saber lo que estaba soñando. Incluso había humedecido las sábanas. Derramé un cubo de agua sobre su cabeza, para asegurarme de que se despertara. Limpié de paso las sábanas.

Ponte los pantalones bábaros y la camisa de franela, dije cuando su cabeza pareció preparada para asimilar mensajes complejos.

Esperé. No es conveniente sobrecargarlo de información.

Ahora, coge la mochila.

Le di dos magdalenas y salimos. Era noche cerrada. La tierra se desenrollaba ante nosotros como una alfombra. Pensé en el primer día después de la Creación. Sin embargo el cielo se despliega como un pergamino. Hay una diferencia, un matiz.

Dios precisó de seis días para hacer el mundo, dije, y el séptimo descansó. Nosotros sólo necesitamos un pequeño paso para entrar en él.

Me dejaba llevar por el entusiasmo. Mi hijo no dijo nada. Sospecho que no cree en Dios. Debe pensar que venimos del mono. Todos en mi familia hemos sido creados de la nada, menos él, que ha evolucionado desde una ameba.

Llegamos a un cruce de caminos. Era la ocasión de ponerlo a prueba. Al fin y al cabo habíamos emprendido un viaje de estudios.

A ver, hijo, dime dónde está el Este.

Quise empezar con una pregunta fácil. Para animarlo.

Sé que lo sabes, me lo has demostrado, dije en voz alta.

No se puede criticar mi actuación. Mi apoyo era completo. Mil por cien. Lo que está en mi mano lo hago sin dudar cuando se trata de mi estirpe.

Nené se paró, dejó el equipaje en el suelo, juntó los talones y escrutó el horizonte como yo le había enseñado: El cuerpo firme, la mano derecha formando visera sobre el arco superciliar. Se desplazó sobre su propio eje de treinta en treinta grados en sentido contrario a las agujas del reloj. Cuando completó el círculo señaló el Suroeste. Más o menos. Lo miré en silencio.

Todavía no ha salido el sol, se excusó con un hilo tembloroso de voz.

Estaba a punto de echarse a llorar. Pensé cómo podría corregir su ignorancia sin desalentarlo definitivamente. Quizás un tirón de patillas que lo elevara al cielo, o de orejas, que lo clavara aún más en la tierra. Mi técnica favorita en esto de la motivación es la carrillada. Un cariñoso pellizco en las mejilla acompañado de un suave masaje circular mientras le hablas. Es como subrayar un texto.

Decidí darle una segunda oportunidad. Repitió todo el proceso y señaló el Noreste.

Mejor, mucho mejor, dije.

Para entonces ya el sol apuntaba por el horizonte.

¿Cómo describir el amanecer? Nunca me han gustado las metáforas innecesarias, tampoco las excesivas. Tu corazón, una naranja helada, por ejemplo. Es demasiado para mí. Si uno no es capaz de decir algo directamente, lo mejor

es que se calle. De nada sirven los rodeos cuando se agotan las palabras. Detesto especialmente eso de los rosados dedos de la aurora. Por muy clásico que sea. Es una mariconada, una mariconada clásica, pero mariconada al fin y al cabo.

Nos pusimos en marcha. Nené caminaba encorvado. Más de lo necesario. Intentaba juntar la cabeza con los pies para formar un signo de interrogación. Desde que asistía a clases de expresión corporal hacía este tipo de cosas. El cuerpo es un símbolo, me decía, pero yo sabía que era su forma de quejarse en silencio por tener que transportar el equipaje él solo. Tampoco era para tanto. Además está la cuestión de la jerarquía. La Naturaleza nos lo enseña. Ella misma está rigurosamente estructurada. Lo de arriba, arriba, lo de abajo, abajo. El hombre busca toda su vida vivir conforme a los principios de la Naturaleza. La madre Naturaleza.

El sabio se mira en el espejo del cosmos, le decía a Nené cuando todavía había esperanza.

¿Y qué pasa, contestaba él, si no hay cosmos, sólo caos y destrucción?

Ése es el tipo de ideas disolventes que consiguen irritarme. Él lo sabe. Por eso las formula. Puede que sea la rebeldía de los pocos años, o algo más profundo, una especie de cabreo existencial.

Nené sabe que conmigo no valen las lamentaciones. De los profetas, el que menos me gusta es Jeremías, siempre quejándose. Mucho mejor Isaías, más poderoso, dónde va a parar. A pesar de ello, Nené encorvaba exageradamente la espalda y clavaba la mirada en el polvo del camino. Seguro que se creía el esclavo de uno de sus libros. Espartaco, por ejemplo. La cerviz sometida al yugo romano. Curiosa palabra esa de yugo. Yugo, yugular, yugada.

Me mantuve inflexible. De cuando en cuando le levantaba la barbilla con mi bastón de mimbre.

Tienes que aprender a sufrir con dignidad, le decía. El mérito es estar cansado y continuar sin rendirse. Así clamas al mundo 'Estoy herido, pero no muerto'. El dolor es la señal de que aún estás vivo.

Me están saliendo ampollas, dijo.

Su tono era neutro, informativo. Valoré su esfuerzo de contención.

Quítate las botas, dije.

Saqué el instrumental cuidadosamente ordenado en mi maletín de cuero. Vacíé el líquido de las ampollas con una jeringuilla e inyecté una disolución de alcohol y mercurocromo. Un truquito que aprendí en Sidi Ifni, cuando serví en el Tercio. Tras el tratamiento cualquier legionario puede caminar otros cuarenta kilómetros sin quejarse. Las ampollas. I am Pollas. Good morning, Mr. Pollas. Mano de santo.

A mediodía hicimos un descanso para rezar el Ángelus. Era el momento propicio para reflexionar sobre la Concepción de María. Consideré seriamente la hipótesis de que el fulgor del arcángel Gabriel hubiera penetrado por ósmosis en la piel de la Doncella y hubiera engendrado a Enmanuel. En ese caso el resplandor sería el padre. Una hipótesis inédita. No podía hablar de estos temas con Nené. A él este asunto de los espermatozoides divinos se la traía floja.

Nené se despojó de los correajes y se quedó dormido de pie. Lo hace en cuanto me descuido. Puso los ojos en blanco y abrió la boca. Esperé a que empezara a roncar para despertarlo a patadas.

Necesitamos agua dije, vete a buscarla.

No era cierto, pero no quería que estuviera ocioso. Descendió la pendiente refunfuñando. Seguramente todavía soñaba. La cantimplora bajaba rebotando en las piedras. Nené la pateaba, rodaba unos metros y se detenía. Me pregunté si tendría futuro como delantero centro. Pensé que la realidad es, en definitiva, una cuestión de patadas. Dios crea el mundo y lo pone en marcha de una coz que se va expandiendo in aeternum. Lo hizo el séptimo día por la mañana, mientras contemplaba Su obra silenciosa e inmóvil. Luego se fue a descansar. Siempre agradezco este tipo de revelaciones. Estás mirando algo y de repente comprendes. Todo lo que se mueve es, de una forma u otra, eco de aquel taconazo primigenio.

¿Qué hacía Dios antes de crear el universo? Interesante cuestión. Según san Agustín, diseñaba un infierno particular para quien formulara preguntas impertinentes.

Volviendo a lo del movimiento, lo lógico es pensar que la Gran Patada Inicial se expande a través de la cadena del ser. Nos arrojan al mundo de un puntapié con la clara misión de transmitir el punterazo al orden inmeditamente inferior. Eso simplifica las cosas. Mi orden inferior es Nené. El suyo, la cantimplora. De momento. Cuando tenga hijos podrá patearlos. Será su obligación como padre.

Cuando Nené regresara, subiríamos la colina. He estado a punto de escribir 'coronaríamos el otero' pero me he reprimido a tiempo. El manejo del lenguaje exige precisión. Se corona a un rey o a un emperador. Lo hace el Papa en nombre de Dios. Siempre es conveniente delegar parte del trabajo. Si Dios tuviera que hacerlo todo en persona no daría abasto. Quien manda ha de encargar a otros alguna labor, aún sabiendo que los subalternos van a meter la pata. Como este hijo mío. Es difícil hacer carrera de él. Por más que lo intento. Es en estos momentos cuando pienso que debería haberlo sustraído antes a la nefasta influencia de su madre. Es mejor que llore él de niño que no tú de anciano dice la Escritura. Su madre le leía demasiados libros inútiles, le hacía ver demasiada pintura abstracta, le hacía escuchar demasiados poemas sinfónicos. Lo llaman sensibilidad, pero no es más que debilidad. A veces pienso que no es hijo mío. Hijo biológico, me refiero. Carece de dignidad, y de orgullo. Eso da que pensar.

El sol recorrió un buen trecho. De un momento a otro sería una yema anaranjada sobre el horizonte. Pensé sin querer en la cabeza del Bautista goteando sangre sobre la tierra. Lo peor de todo son los pensamientos involuntarios. Es como levantar una piedra: nunca se sabe lo que vas a encontrar debajo.

Atardecía y Nené no había vuelto. A lo mejor no volvía. Siempre es una posibilidad. Decidí aprovechar el tiempo. Desanudé el cinturón y me puse en cuclillas. No hay nada como mover el vientre para que todo resulte ajeno. Las preocupaciones se desvanecen. También el tráfigo del mundanal no sé qué. En cucli-

llas he tenido mis mejores experiencias místicas. Todas las fuerzas del cuerpo convergen en el esfínter y abren el tercer ojo.

Mientras meditaba en todo esto me estreñía clasificando las piedras que quedaban a mi alcance. Manejaba varios criterios. Tamaños, colores, texturas. Es preciso ser sistemático si uno quiere alcanzar los objetivos que se marca en esta vida. Siempre se lo digo a Nené. También sentí en el pecho la cálida sensación de volver a la tierra y observar desde abajo mi nombre en una lápida.

Si destilamos la complejidad de la vida al final sólo queda la supervivencia del más fuerte, le decía a Nené cuando aún estaba en el claustro materno, pero no me escuchaba. Tampoco lo hace ahora. Me mira fijamente pero yo sé que está enredado en sus cosas. Veo pasar los pensamientos por su frente, como sombras de nubes en los prados. Me gusta mucho esa imagen. Me parece muy acertada para lo que quiero decir. Yo le hablo de cosas serias, de su futuro, pero a él sólo le preocupa si llegará a tiempo el conejo de Alicia o por qué tienen espinas las rosas. En eso malgasta su tiempo, en pensamientos baldíos.

Continué ordenando las piedras. Sólo elegía las pequeñas. A ciertas edades empieza a atacar la artrosis. Las ordené por colores. Si estuviera aquí Nené le explicaría cómo trazar en el suelo una línea imaginaria.

En un extremo se coloca una piedra blanca y en el otro una negra. Así se expresa que la vida es lucha de contrarios. Luego dibujas una cruz, que simboliza la intersección y la confluencia.

Lo hice. Me salió una cruz bastante rara.

Nadie me escucha, pero yo hablo en voz alta. Nunca se sabe en qué lugar del éter quedan impregnadas las palabras.

He terminado de evacuar y me limpio con la piedra blanca. Le hago una buena raya marrón.

Entre la piedra blancamarrón y la negra coloco las demás. No al buen tuntún, por supuesto. La más claras hacia la luz, y las más oscuras hacia el abismo. Lo bueno de delimitar con claridad los dos extremos de algo es que uno puede hallar con facilidad el centro. Por ese punto pasa toda la energía del cosmos concentrada. La energía desciende de Dios, anima las cosas y regresa al Origen. Es un movimiento de sístole y diástole pero a lo bestia.

Estaba ordenando las piedras cuando regresó Nené. Subía la cuesta con la cara orientada hacia el suelo pero con los ojos vueltos hacia la cima. Caminaba desternillado como un pelele. Exageraba a propósito la fatiga. Cree que porque ponga cara de pena voy a valorar más su trabajo, que voy a quererlo más. Se equivoca. Se detuvo frente a mí e hizo como si necesitara recuperar el aliento. Inspiraba y espiraba ostentadamente para multiplicar artificialmente la magnitud del esfuerzo. Le mostré las piedras.

A veces la naturaleza es desordenada, dije.

No creo que captara la idea. De hecho, no creo que captara nada. Simplemente permaneció allí inspirando el aire por las fosas nasales y expulsándolo por la boca.

Nuestro trabajo es ordenarla, dije. Es nuestra responsabilidad como reyes de la Creación.

Siempre le presento dos o tres frases con la esperanza de que saque por sí mismo las conclusiones, pero es inútil. La mayéutica no funciona en su caso. Ni la mayéutica ni ningún otro truquito didáctico. No hay solución.

Nada, gritó de repente.

Estaba a punto de estallar.

Nada, repitió, y arrojó la cantimplora colina abajo.

Entendí que se refería al agua. No había encontrado agua.

Además, me han pegado, dijo.

Dobló las piernas. Por un instante pensé que se arrodillaría elevando los brazos al cielo. Pero no. Permaneció en cuclillas. Pensé entonces si tendría necesidad de mover el vientre. Muchas veces las alteraciones emocionales son consecuencia del aplazamiento innecesario de alguna función fisiológica. Necesidad de comer, necesidad de evacuar. Pero no. Se abrazó las piernas. Sollozaba.

¿Quién te ha pegado?, pregunté.

No sé, los dueños del campo, creo, dijo.

Reflexioné unos instantes. No conviene precipitarse, y más tratándose de un tema tan delicado.

¿No serían pastores?, dije.

Levantó la cara como si su cuello estuviera dotado de un resorte. Las rodillas le habían marcado dos círculos sonrosados en las mejillas y lloraba lastimosamente. Pensé en los rosetones de la catedral de Chartres. Nené contrajo las facciones en una mueca ridícula. Las lágrimas habían irritado el borde inferior de los párpados. Parecía un pez. Un enorme pez de ojos rojos.

Intenta recordar, le dije, ¿araban la tierra o más bien arreaban ganado?

Hundió de nuevo la cabeza entre las rodillas. No es una postura que favorezca la reflexión. Las ideas se escapan por los intersticios.

Tenían un perro, dijo, súbitamente iluminado.

¿Que clase de perro?

No sé, me obligaron a copular con él.

¿Era grande, pequeño? Haz un esfuerzo.

Nené se quedó pensativo unos minutos.

Era mediano, de color amarillo. Amarillo pollito.

¿Hacía guau guau o más bien wow wow?, le pregunté. Piénsalo bien antes de contestar.

Nené permaneció inmóvil. Observaba un punto indeterminado localizado entre el fondo de su conciencia y la línea del horizonte. Un punto interior, seguramente. Al rato relajó los músculos de la cara y arrancó una espadaña. Empezó a limpiarse los dientes con ella.

El perro no ladró, dijo.

Decidí atacar el asunto por el flanco. La táctica es muy importante para alcanzar la victoria.

¿Cuántos hombres eran?

No sé, seis,...no, siete,...ocho como mucho.

¿Llevaban bieldos?

Ahora lo estaba poniendo a prueba. Podría haber usado “horca”, o “tridente”. Incluso “tenedor de palo”. Pero no quería facilitarle las cosas. Habíamos

hablado de bieldos la semana pasada, o la anterior. Quería comprobar si recordaba mis enseñanzas. No me gusta echarlas en saco roto.

Nené permaneció en silencio. Se esforzaba por recordar correctamente los hechos. Cuando lo hace le tiembla imperceptiblemente el ojo izquierdo.

Nada de bieldos, dijo finalmente, pero uno de ellos blandía una porra.

Utilizó el verbo “blandir” para impresionarme. Permanecí en silencio estudiando sus movimientos. Finalmente me ofreció un relato pormenorizado de los hechos.

Eran varios, dijo. Me rodearon y se rieron. Luego me desnudaron y me tocaron. Primero utilizaron los mangos de sus herramientas, luego las manos. Cuando se cansaron, llamaron al perro.

Entonces eran obreros, dije. Si llevaban herramientas eran obreros.

No sé, dijo. Bebían vino. Cuando terminaron conmigo me ataron y me arrojaron a una zanja. Me hice el muerto pero ellos se dieron cuenta y bajaron a pegarme.

Era más que suficiente. Me levanté trabajosamente y nos pusimos en camino. Descendimos la colina. El sendero llaneó unos kilómetros y se empinó repentinamente zigzagueando en la ladera.

Ven, le dije a Nené, colócate delante e inclínate.

Nené caminaba despacio, con las piernas excesivamente separadas. Se detuvo y dobló los riñones. Temblaba. El sudor le humedecía el cuello. Intenté subirme a él, pero resbalé.

Deja el equipaje en el suelo y súbeme a tu espalda, le ordené.

No protestó. No había reproche en su mirada. Aún se sentía culpable y precisaba desesperadamente la redención. Se lo puse fácil. Cargar conmigo era justo lo que estaba necesitando, una forma de purificación. Le recordé todas las veces que lo había aupado de pequeño. Él tenía menos memoria que una libélula.

Ahora era él el que me aupaba. Quid pro quo. Había llegado su momento. Le proporcionaba así la oportunidad de devolver todo lo que había recibido. Me sentí orgulloso, tan orgulloso que decidí hurgar en la herida.

Recuerdo la tarde en que te cogí en brazos por vez primera, le dije. La rueda del carrito se había atorado en una zanja abierta por la compañía eléctrica. No había manera de hacerla girar. Ni hacia delante ni hacia atrás. Es lo que tienen los carritos del supermercado. Te dejan tirado en el momento más inoportuno. Te cogí en brazos y te cargué hasta casa. Olías a leche fermentada.

Mi historia surtió efecto. Aguantó un poco más conmigo a cuestas, pero no tardó en sentirse redimido por el esfuerzo. Es fácil pensar que uno ha purgado su culpa con un mínimo de sufrimiento. Cuando llega parece que siempre ha estado ahí, como si el dolor borrara los límites del tiempo. Nené empezó a rezongar en silencio. Se preguntaba por qué tenía que llevar a cuestas a su viejo padre. Por un lado se redimía, por otro se rebelaba. Yo veía sus pensamientos a través del hueso del cráneo, como en un calidoscopio. La rabia le descendía por el cuello, terso y duro como una raíz, y se extendía por su cuerpo. Así es como muestra la ingratitud su feo rostro, pensé, pero no dije nada.

Quise animarle con otra historia, la historia de Eneas. Él sí que era todo un ejemplo de amor filiar. El padre en la chepa y el hijo de la mano. Es lo que se

llama un sandwich genético. Troya ardiendo y él como si nada, él a lo suyo, a perpetuar la especie. Formaban los tres una cadena viviente de ADN.

Los clásicos son el espejo en que nos miramos, hijo mío.

Así iba a comenzar mi discurso. La primera frase es la más importante, la que deja huella. Pero me contuve.

Bájame, dije.

En realidad no quería bajar, pero me estaba resbalando de nuevo. Esperé a que se sentara para apearme, pero dejó el equipaje en el suelo y permaneció de pie conmigo encima. Todavía le quedaban fuerzas. La fuerza suplementaria que proporciona la soberbia. Descendí al suelo. Nos tumbamos. La noche llegó con sus sueños de camaleones y de larvas.

Amaneció un cielo plomizo como el vientre de un asno.

Busca dos piedras grandes y lisas, dije.

Arrastró penosamente una roca de tamaño regular y un cascote que conservaba unos cuantos azulejos verde manzana aquí y allá. Me acordé de un cliente. Era capaz de leer el misterio del universo en un azulejo rajado. Se sentaba en la taza del báter y meditaba.

Nené se miraba las manos como si las hubiera descubierto de repente. Permaneció absorto durante un rato.

Tengo pocas ideas, pero invariables. La disciplina es una de ellas. El mando exige mantener la tracción de las riendas y saber aflojar en el momento preciso. Así se puede tirar de ellas con más fuerza.

Esperé que el sol recorriera dos o tres grados de su trayectoria inexorable y dije

Ahora alinea las piedras de Este a Oeste con una separación de cuarenta y cinco centímetros.

Cuarenta y cinco centímetros es todo lo que se pueden abrir mis piernas. Planeaba subirme a las piedras y descender sobre su espalda a horcajadas, como las parturientas hebreas. Este pensamiento casi me hace reír. Un poco de humor aligera cualquier situación. Es conveniente de cuando en cuando darse una vuelta por el lado divertido de la vida,

Demasiado juntas, dije, sepáralas un poco más.

Lo hizo. Estiré los miembros para desentumecer los músculos, hice mis ejercicios de respiración, mis flexiones.

Ahora colócate entre las piedras, junta los talones y agáchate, dije.

Salté sobre sus riñones, que crujieron levemente.

Ahora, camina, dije.

Vaciló. Adelantó un pie. Luego el otro.

Corrige el balanceo, dije, afirma las piernas, recupera el equilibrio.

Fue inútil. Demasiada información para un cerebro tan pequeño. Rodamos ladera abajo. No mucho, unos cuantos metros. Cuando nos detuvimos, Nené se sujetaba las piernas por los tobillos. Yo sentía el cuerpo acardenalado, como si hubiera rodado sobre una roca con muchas puntas pequeñas y puntiagudas.

Me han fallado las rodillas, dijo.

Aun así, le pegué. Los errores han de ser corregidos de inmediato. No hay excusa para la negligencia. Esperé a que dejara de llorar.

Trae aquí las piedras y vuelve a colocarlas, dije.

Repetimos la operación.

Ahora sujétame los muslos con tus brazos, dije.

Lo hizo.

Concéntrate en lo que estás haciendo, dije.

Me agarré a su cuello, por si acaso. Incliné la espalda e inicié la ascensión. Mucho mejor esta segunda vez. Hay que ser comprensivos. Nadie nace sabiendo.

Nené no es muy fuerte. Sólo lo suficiente. Tampoco es inteligente. Más bien torpe. Sin embargo no hay que ser ningún genio para subir una cuesta con tu padre cargado en la espalda. La clave está en saber distribuir el peso y estar atento al terreno.

Cuidado donde pisas, dije

No me escuchó. A media ladera volvió a tropezar. Esta vez no rodamos porque tuve buen cuidado de caer encima y extender mis cuatro extremidades. Es una técnica que aprendí en los paracaidistas. El abrazo del sapo la llamaban. Nené se aplastó la cara contra el polvo y se erosionó una rodilla. La derecha. También sangraba por las narices. Saqué el pañuelo y le limpié el rostro.

Mira al cielo, así se contendrá la hemorragia, dije.

También ignoraba esto. Era desesperante.

Le vendé la pierna. No podía permitirme que se lesionara.

Lástima que no tengamos agua, dije, te lavaré las heridas.

No percibió la ironía, ni se dio por aludido. Le dejé descansar. Le expliqué que la experiencia sirve para no tropezar dos veces en la misma piedra, pero no hizo caso.

Le ordené que bajara a buscar la mochila. Mientras subía me entretuve escrutando el horizonte. El paraje proporcionaba bonitas vistas. En algún lugar de la tierra, no lejos de esta cima, se encuentra aquél al que busco, pensé. El mundo, en definitiva no es sino un jardín de flores curiosas.

Consulté los documentos. No había mucha información. El nombre y poco más. Miré el sobre. No había cambiado de color desde la última vez que lo vi. Seguía siendo rojo. Rojo ejecución.

Es una buena oportunidad para Nené, pensé, una buena oportunidad de iniciarse. El tiempo pasa. Huye más bien. Mi retiro está próximo. Antes de jubilarme quiero dejar en mi puesto a un aprendiz que lleve mi propia sangre. Es legítimo. La tradición es la tradición. La estirpe es todo lo que queda de nuestro paso por la tierra.

Nené subió con la mochila en la espalda. Trepaba por el terreno con pies y manos, lo que era excesivo si tenemos en cuenta que era una ladera bastante tendida. Tres por ciento de desnivel, más o menos. Cuatro a lo sumo. Ya no sangraba,

Podemos descansar, dijo.

No, dije. Tenemos que llegar cuanto antes.

Adónde, dijo.

No contesté. La información es poder. Ofrecerla gratuitamente es signo de debilidad. Con el tiempo también Nené aprendería esto.

Nos pusimos en marcha. Por mucho que se escondiera, el cliente no iba a abandonar la superficie de la tierra. Intenté recordar su nombre. Germán, Abdón, Sofonías. Nada. En mi cabeza se mezclan nombres, fechas y situaciones. Dicen que en la memoria todo está conectado por medio de cables invisibles. Me pregunto si serán de diferentes colores, como los de los circuitos impresos.

No había necesidad de apresurarse, pero yo quería que Nené se endureciera. Es necesario proporcionar a los hijos la dosis precisa de insensibilidad para afrontar la vida. Así no se harán preguntas estúpidas cuando sean mayores. No hay nada peor que un hijo filósofo. Bueno, sí, quizás un hijo poeta. Las preguntas lo estropean todo. Es mucho mejor no pensar. Así se simplifica la vida. Es difícil imbuir estos principios en el cerebro de Nené, al fin y al cabo el cerebro de un gorrión.

El camino descendía suavemente. Son los contrastes de la naturaleza. En la umbría las sendas suelen ser empinadas. Sin embargo en la solana se dulcifican. O es al revés. Ya no me acuerdo. También depende de si uno va o vuelve. La naturaleza debería pactar consigo misma y resolver sus problemas de orografía.

Una hora más tarde encontramos agua en un bosquecillo. Los árboles habían crecido allí raquíuticos y retorcidos. Me sentí aliviado al ver la fuente. Ya me veía bebiendo los orines, como en la Legión Extranjera. Pero esto no era el Sahara, era un hayedo. Un hayedo de hayas escuchimizadas, pero un hayedo al fin y al cabo. Tres o cuatro hayas y una fuente. También un somier oxidado y unos cuantos cacharros de cocina desportillados. El agua no brotaba de una peña. Lástima, siento debilidad por las fuentes que brotan de peñas. Pero hay muy pocas. Ésta salía del suelo, entre la hojarasca. Es lo habitual: una grieta en el suelo por donde emergen las aguas freáticas. A saber lo que han estado haciendo por ahí dentro.

Pararemos aquí, dije.

Le lavé la herida. Luego cominos. La sangre ya estaba seca.

Disfrutamos de un almuerzo idílico, casi pastoril. De verdad. Sólo faltaban unos cabreros enculándose por turnos en la floresta. Así el ambiente habría sido perfecto. Me encontraba tan a gusto que me entregué a la dialéctica. En unos pocos minutos demostré que la naturaleza es inarmónica y que el movimiento de las esferas es una pura entelequia. Luego desmonté esta hipótesis y demostré la contraria. Todo esto entre bocado y bocado. Lástima que no hubiera a mano una encina donde coger unas bellotas. Se habla mucho mejor con unas bellotas en la mano. Si no lo han probado, se lo recomiendo.

Lo único que existe es el caos, dije. Lo demás son teorías superpuestas. Bienintencionadas, pero espurias.

Pensaba en el bien de mi hijo. No quería que alentara ideas equivocadas. Sobre todo mariconadas griegas. Al fin y al cabo yo era el eslabón abierto de una cadena, el que ha sufrido el daño pero no lo trasmite.

La vida es lucha, dije. O pisan o te pisan.

Busqué con la mirada una telaraña que ilustrara mis enseñanzas, pero no había ninguna en las inmediaciones. No hay nada como una araña zampán-

dose a una mosca para convecer a alguien de la necesidad de luchar para sobrevivir. No había telarañas, así que le metí una hostia. No muy fuerte. Sólo lo necesario para que el aforismo penetrara en la mente a través de la piel. Nené no hizo nada. Simplemente se quedó allí, con la cara vuelta y los ojos muy abiertos. Le quité su trozo de queso.

Ahora, recupéralo, dije. Pelea por lo que es tuyo.

Le iba a hablar de la necesidad de delimitar un espacio personal y defenderlo con uñas y dientes, pero era demasiado para él, demasiado para un solo día. La sabiduría ha de posarse lentamente, calar en las conciencias como una fina lluvia de primavera.

Se llevó la mano a la cara y se masajeó la nariz. Volvía a sangrar. Es lo que me exaspera de él, su falta de empuje. Uno prepara cuidadosamente la escena y en el momento culminante el protagonista se queda en blanco, como pasado. No hay derecho. Le molesté con un palo a ver si se le despertaba la ira, pero no movió ni una pestaña.

La vida es un combate y debes aprender a defenderte, insistí.

Nada, ni un movimiento. Recuerdo que había puesto especial cuidado en enseñarle la presa malaya, muy superior en mi opinión a la doble Nelson, de la que deriva. Pero Nené es especialista en prestar a mis enseñanzas oídos de mercader. Tanto esfuerzo baldío, tanta energía desperdiciada.

Al atardecer llegó al miedo. Avanzaba desde el Oeste barriendo con su manto los valles y las planicies. Se posó suavemente sobre nuestras cabezas envolviéndonos con su cálido abrazo. No había nada que hacer hasta el día siguiente. Permanecimos inmóviles toda la noche escuchando cómo pasaban los pájaros. Nené se abrazó a mi pierna. Afortunadamente nadie nos vio. O eso creo.

Por fin rompió el alba Fue un alivio. Siempre me asalta la tentación de escribir una vez más lo de los rosados dedos de la aurora o eso tan bonito de los dorados cabellos de Hércules, o de Apolo, ya no me acuerdo. Resulta increíble que después de innumerables auroras, lo de los dedos rosados siga funcionando. Me sentí como si acabara de robarle el lenguaje a los dioses y todavía no lo hubiera usado. Nadie había dicho nada aún, nadie había contemplado ninguna aurora. Siempre me pasa. Me pregunto cuáles fueron las primeras palabras que alguien articuló. Seguramente se referían a este tema.

Con la luz, llegó la lluvia. Nos pusimos en marcha. Es difícil orientarse bajo el aguacero. Se pierden las referencias de la bóveda celeste. No traíamos brújula, nunca he creído en ellas. Lo del magnetismo de la tierra es un camelo. Sin embargo tengo una fe inquebrantable en la Naturaleza, así que busqué un tocón. Dicen que los anillos de crecimiento se alongan hacia el Sur y se comprimen hacia el Norte, pero no había ninguno disponible.

Me gusta cualquier cosa que diluya los límites de las cosas. La lluvia, por ejemplo. Todo es lo mismo y no es lo mismo en la borrasca. Algo parecido ocurre en la oscuridad. Es difícil expresarlo con palabras. Seguramente el límite del lenguaje es el oxímoron. Dices cosas como 'lo blanco es negro', o 'dentro es fuera' y algunos se quedan cabilando. Otros te toman por un imbécil. Para el cerebro humano, más allá de la antítesis se extiende la vasta región de lo inefable.

Pensé si merecería la pena cortar un árbol y analizar los anillos de crecimiento, pero sólo disponía de mi navaja. Demasiado trabajo. Consideré que era preferible arriesgarse a describir círculos. Además, está demostrado que si se camina en línea recta siempre se regresa al mismo sitio. Por muy lejos que uno se vaya, el universo es curvo y finito. Hay verdades que duelen como un tatuaje en el escroto.

Decidí confiar en mi instinto, desarrollado en infinidad de misiones. Algo habré aprendido en todo ese tiempo, pensé. Lástima que a mi hijo le cueste tanto seguir mis pasos.

El barro, en el que todo tiene su origen, se adhería a las botas. Cada pisada mezcla el agua con la tierra en el lógamo primigenio, pensé. Las nubes parecen querer reblandecer la corteza del mundo.

Nené se hundía hasta los tobillos y resbalaba constantemente. Tanto tropiezo nos había pigmentado del mismo tono de la tierra, Siena tostada diría yo. La sangre daba el puntito de carmín de Garanza.

Recordé que a Nené le gustaba pintar. Al principio representaba casas, flores, caminos, pero luego desaparecieron las figuras y ya no se entendía nada. Tuve que prohibírselo.

Por qué no pintas cosas, le decía, acaso la Creación te parece indigna de ser plasmada.

Yo pinto emociones, dijo. El mundo carece de interés para mí; el mundo está mal hecho.

Le abofeteé por blasfemo. No se pueden consentir esas ideas disolventes.

Siguió pintando a escondidas hasta los dieciocho años, pintando y leyendo libros superfluos. Hoy sé que debería haber cortado su estúpida afición a las artes de raíz. Pero soy blando, blando e ingenuo. En el fondo siempre creo que la gente va a cambiar por sí misma, pero eso nunca ocurre.

Un día mi paciencia se agotó y decidí intervenir. Era su cumpleaños. Después de las velas y la tarta, le hice amontonar los cuadros en el patio, delante de todos sus amigos.

También el caballete y los tubos, le dije.

Los fue echando uno a uno, lentamente, como si se despidiera de ellos. Verde veronés, blanco de zinc, azul cobalto. Intentaba contenerse, pero la verdad es que lloraba.

Es necesario cauterizar las heridas, dije. Para que sanen.

Luego le obligué a rociar la pira con aceite de trementina. Él mismo arrojó la cerilla. Me pareció mejor, más educativo.

Me gusta mucho el fuego, pero siempre contengo el impulso de iniciarlo yo mismo. Le consolé con buenas palabras. Cuando dejó de hipar le abofeteé del derecho y del revés. Le mostré así que cuando las cosas van mal, siempre pueden ir peor. Luego entramos en la casa y le di mi regalo. Una hucha con combinación y una cartilla a su nombre en la Caja de Ahorros. Jugamos el resto de la tarde al Monopoly. Compraventa de solares e inmuebles.

La lluvia se hizo más fina. Esto nos permitió avistar una casa. Una choza más bien. Llamamos con la aldaba. Nada. Lo intentamos a voces. Apareció una mujer con un delantal cubierto de mugre. Nos hizo pasar.

Límpiese los pies en el felpudo, dijo. Entren y caliéntense al fuego. Denme esa ropa tan mojada.

Mientras hablaba acercó el perchero al hogar. Colgó nuestras ropas con una mano y con la otra nos ofreció un par de mantas del ejército. Aquella mujer era la diligencia personificada.

Raspa, dijo Nené.

Le conminé a que fuera agradecido.

La mujer removió la marmita y sirvió dos cuencos.

Tomen un poco de sopa, dijo. No se puede caminar bajo la lluvia con el estómago vacío, a no ser que uno quiera coger un buen resfriado.

Rió.

De dónde viene, dijo.

Quería ser amable. Aparentemente.

Somos artistas, dije. Artistas ambulantes. Venimos de la feria de B. No conocemos la región y nos hemos perdido en la borrasca. Ayer cogimos en camino de F. Nos dijeron que estaban en fiestas.

La mujer no sabía dónde estaba F., pero prometió ayudarnos en cuanto escampara.

Pueden ir a R. y preguntar allí, dijo.

Sacó una botella de orujo. Nos recostamos los tres junto al fuego. Víctor se durmió inmediatamente. Yo me tomé un par de copas o tres. El aguardiente calienta el cuerpo y desata la mente. Un rato de conversación sobre esto y aquello y me dormí. Me despertó una mano pequeña y gordezuela que estimulaba mi minarete. Alargué el brazo hacia el triángulo de vello. Acerté. Otra cosa no, pero soy capaz de olfatear un coño en la más absoluta oscuridad. Un poco de manoseo y los labios se abrieron como una flor húmeda entre los dedos.

Ahora, a galopar, pensé.

No hay duda de que todo lo vence el deseo, ese dulce veneno que se infiltra en los huesos. Artrosis, agotamiento, lepra, nada se le resiste al muy jodido. Nos entregamos a la mecánica del amor, un poco ridícula para un observador imparcial, pero gozosa para el que participa en ella. Movimientos primitivos pero eficaces: el viejo juego de dentro fuera.

Échamelo en el vientre, dijo.

Mejor por detrás, dije.

Se dio la vuelta. Me erguí sobre las rodillas. Dolían. Nené se masturbaba furiosamente a nuestro lado. La descarga de semen fue simultánea. Por fin mi hijo y yo estábamos de acuerdo en algo.

La lluvia cesó al amanecer. Me acerqué a la chimenea. Las ropas estaban secas, aunque olían a humo.

Tenemos que marcharnos, dije. Es la feria de G.

La mujer tampoco sabía dónde estaba G. No es extraño. Nadie podía saberlo. Me inventaba los nombres de los lugares para salvaguardar la misión. No conviene dejar pistas a diestro y siniestro. El recto de la mujer guardaba una

buena porción de mis nadadores. A partir de ellos alguien podía determinar la identidad del que se la había follado. Por el hilo se saca el ovillo. Es lo que pasa cuando uno se dedica a intercambiar fluidos corporales, que deja tras de sí un rastro indeleble.

La mujer nos acompañó un trecho, hasta una piedra en forma de búho.

Siguiendo el lindero del bosque llegaréis a H., dijo. Allí podréis preguntar cómo se va a G.

Nos despedimos. Quiso besarme en la boca pero aparté la cara a tiempo. El aliento le olía a ensalada trasnochada y el cuerpo desprendía el tufillo que sale de las alcantarillas cuando se acerca la tormenta. Nos rozamos las mejillas. Eso fue todo. Primero una, luego la otra. Las narices se engancharon en la transición. Seguramente me faltaba práctica.

La mujer desapareció monte arriba. Tenía que apriscar el ganado. Eso es lo que dijo. No recuerdo su nombre. Sonaba como Nerta, o Certa. Aquí voy a poner que se llamaba Berta. Hace tiempo que averigüé que las mujeres con las que yazgo no son sino manifestación de una única mujer que vive dentro de mí. Me pregunto cuántos cuerpos pugnan por salir de mi interior. Cuando Berta se hubo ido descabalgué. Nené no estaba en situación de cargar conmigo.

Deja el equipaje y busca una rama de roble con la que fabricar un bastón, dije.

No se movió.

El pie, dije.

Me lo señalé con la barbilla. La tumefacción alcanzaba al tobillo. La carne se moría sin remedio en ese extremo de mi cuerpo. La carne muere y se putrefacta. No hay redención para eso. La putrefacción es el proceso con que la Naturaleza simplifica las cosas. Detrás de la exuberancia no hay sino carbono, metano y etanol. Lo que llamamos espíritu no es sino instinto de supervivencia y transmisión de los genes. Eso es todo.

Finalmente Nené entendió que si me traía un bastón no tendría que cargar conmigo y se internó en un bosquecillo de algarrobos. Me senté y repasé el plan. Conviene no desesperarse. Al fin y al cabo todos estamos condenados, de una forma u otra. Desplegué en el suelo el mapa de la región. Calculé que alcanzaríamos al cliente en M., o en alguno de los puentes cercanos. Los clientes, cuando se sienten acosados, tarde o temprano se refugian bajo un puente. Me imagino que piensan que las dovelas les van a proteger de la ira de Dios.

Nené regresó con una rama de avellano demasiado fina.

No hay robles, dijo, sólo esta mierda.

No blasfemes, dije.

No blasfemo, sólo digo que este bosque es una mierda .

Este bosque, dije, es obra de Dios. Todo lo que ves es obra Suya.

Entonces también mis blasfemias Le pertenecen, dijo.

Se había propuesto irritarme con un trquito dialéctico.

La Naturaleza siempre es buena, en un sentido o en otro, dije. Que no comprendas el mundo no significa que haya sido creado para fastidiarte.

Se quedó pensativo. Cuando Nené reflexiona le tiembla el párpado derecho. Y suda. No mucho, sólo un mador en la sien. Las ideas atraviesan su men-

te y rozan por dentro el nervio óptico. Muchos de los fenómenos inexplicables proceden del rozamiento. Esperé a que se le aquietara la pupila.

Esta bien, dije. Pela la rama y descortézala.

Los pensamientos se volatilizaron como por ensalmo y Nené recuperó su mirada habitual, una mirada bovina. Le llevó un buen rato acondicionar la rama. Trabajaba con su navaja suiza. No es una herramienta adecuada, se lo digo con frecuencia, pero Nené se aferra a los objetos como si el tiempo depositara en ellos un precioso residuo que a él le resultaba imprescindible para seguir viviendo. Para mí el pasado no es sino una excrescencia oxidada, pero él necesita pisar terreno conocido. En el fondo es un sentimental. Para pulir adecuadamente una rama se precisa, al menos, una segureja. Le dejé hacer. Ha de ser él mismo el que se enfrente a las dificultades, el que reconozca sus limitaciones y las venza. Era irritante, pero verlo ofuscarse con la rama me recordó el sentido de nuestro viaje.

Caminamos hasta el atardecer. Desde el mediodía hasta el crepúsculo sólo me subí tres veces a su espalda. Utilizaba el truco de las piedras. Él se colocaba debajo, agachaba la cerviz, yo subía. Después Nené permanecía inmóvil. Pensé en fustigarlo.

Se acercaba la noche y acampamos junto a un talud. Clavé la rama en el suelo y me desabroché las botas. El pie latía como un corazón de ciervo. Nené descargó el equipaje y se tendió en el suelo.

Por qué hemos parado en un foso, dijo.

No es un foso, es un talud, dije.

No contestó. Ni siquiera era capaz de defender un sencillo punto de vista. Eso indica su falta de dignidad, su carencia de orgullo. Le ordené que me ayudara a descalzarme.

Tira con fuerza de la bota, dije.

Se colocó frente a mí y tiró. El vector de fuerza no estaba aplicado correctamente. Aún así no dije nada, simplemente esperé a que se cansara. Con este sistema me evito tener que escuchar las objeciones y las impertinencias de quien está equivocado pero se resiste a reconocerlo. La gente sólo aprende a hostias.

Has de colocarte de espaldas a mí y abrazar fuertemente la bota con ambas manos, dije.

Nada. Se quedó inmóvil, paralizado.

Tu cabalgar a yo al vesre, dije.

Entonces entendió. A veces basta un ligero cambio en el orden de los vocablos para que se abra la mente. Es la magia de las palabras.

Cuando estuvo en posición empujé su trasero con el pie enfermo. Nené no se lo esperaba y salió proyectado hacia el horizonte con la bota abrazada a su pecho. Seguro que pensaba que aquel objeto iba a sostenerlo en el aire, pero no. Nené trastabilló, tropezó con un canto mediano y se fue a dar de bruces contra las piedras del arroyo seco.

Me quité el calcetín y dejé que el aire circulara libremente entre los dedos. Para entonces la noche había descendido la ladera como una garra.

Por la mañana no podría ponerme en pie. Ya está aquí la resaca, pensé. Pero no había bebido nada, al menos no lo suficiente. Intenté girarme para que el cuerpo descansara sobre la cadera. Quizás hoy he de salir del lecho por el costado izquierdo, me dije. Nada. Lo intenté boca arriba, boca abajo, de lado. No había nada que hacer. El homo erectus era, en mi caso, un homo decúbito prono.

Nené resoplaba un poco más allá como una morsa. Le arrojé la botella. Estaba medio llena, o medio vacía, depende. Le aticé en los riñones y dejó de roncar. Se llevó la mano derecha hacia la zona del impacto, chascó la lengua y continuó durmiendo.

Me acerqué hasta él reptando sobre la espalda. Es una técnica que aprendí en el ejército. Cuando lo tuve a tiro lo pateé con la pierna buena, con la izquierda. Esta vez dio resultado. Dio un salto y salió del saco. Le había alcanzado el plexo solar, al fin y al cabo una zona blanda.

Nené aulló un rato. Podría haber gritado, pero la verdad es que aullaba. Me pareció que estiraba artificialmente el dolor.

Por qué me pegas, dijo.

No contesté. Las razones de mi conducta eran tan obvias que la pregunta se respondía por sí sola. Pensé si en realidad Nené había formulado una interrogación retórica, pero seguro que ignoraba qué era eso. Además, antes o después llega el momento en que los hijos han de hallar las respuestas por sí mismos. Hay que vencer la tentación de dárselo todo hecho. Facilitarles las cosas los vuelve vagos y acomodaticios. La felicidad malcría, y de qué manera. También la molicie.

Levántate y ve a buscar un dornajo, dije.

Me miró atónito. Decidí darle algo de tiempo. Al fin y al cabo acababa de despertarse. Todos necesitamos unos instantes para que se diluya la duermelava. Además, en el caso de Nené, la información penetra con lentitud en su cabeza. El lenguaje no circula por los conductos habituales. En él es un proceso parecido a la ósmosis. Una vez dentro, las palabras buscan desesperadamente el área lingüística del cerebro.

Nené sabía lo que le estaba pidiendo, pero no dijo nada, simplemente se quedó ahí sentado, mirándome en silencio. Disimulaba su ignorancia con la esperanza de ganar algo de tiempo. Me enerva que haga eso, pero he aprendido a ocultar mis sentimientos. No es conveniente que los demás conozcan tus debilidades. En seguida se ponen a hurgar en la herida. Creo que se dice así. La herida de la ignorancia. Otra metáfora estúpida.

Tráeme el cuaderno, dije, y el lápiz.

Dibujé un dornajo con todo detalle. Es lo bueno de los medios audiovisuales. No admiten excusas del tipo 'No lo entiendo', o 'No está claro'. También le di dinero. Cinco óbolos.

Procura que no te engañen, dije.

Lo vi marcharse colina abajo. Lo seguí con la mirada hasta que no fue sino un punto entre los matorrales. Organicé el campamento arrastrándome sobre el vientre. Sabía que la espera sería larga. Más de lo conveniente y bastante más de lo necesario. Entretuve el tiempo midiendo mentalmente los campos cir-

cundantes. Mi padre quiso hacer de mí un buen agrimensor y de hecho lo fui durante un tiempo. Hasta que inesperadamente descubrí mi vocación ejecutiva. Nunca se sabe lo que te depara la vida. Es como adivinar lo que nos espera tras la siguiente vuelta del camino. Algunos hombres suben montañas por el placer de subirlas. Una vez en la cima comprenden que tras esta montaña se eleva otra, y detrás otra más. Eso es todo. Después de un recodo viene el siguiente. Es de cajón. Me gusta lo evidente. Por eso odio toda reflexión inútil. También detesto la especulación filosófica. Poco me importa si los ángeles son machos o hembras. A lo mejor Dios es gay, pero me la trae floja. Es mucho mejor invertir las energías en parcelar el campo, o el cielo. Al menos se trata de una actividad útil que mantiene la mente en forma.

El primer día no vino nadie, sólo las criaturas. Unos cuantos camaleones formaron un semicírculo frente a mí. Parecía que estaban escuchando un concierto. Los ahuyenté a pedradas. Pasé el resto del tiempo resolviendo crucigramas frente al fuego. Al atardecer me di cuenta de que habíamos acampado en unas ruinas. Hay cosas que precisan de la luz oblicua del ocaso para adquirir su verdadera dimensión. Las ruinas son una de ellas.

Las zarzas cubrían los muros que el sol anaranjaba. Intenté una vez más atrapar el rayo verde, pero nada. Empiezo a pensar que es un mito. Me fijé en el edificio. Parecía haber sido un molino, o un almacén. Ahora era el territorio de las arañas y de los mochuelos. Si hubiera perros salvajes en la región tendrían aquí su guarida. Ocurre siempre que el hombre abandona un lugar. En seguida se puebla de animales silvestres. Alguien había grabado dos nombres y un corazón en el tronco de un álamo. No se leían bien porque el crecimiento del árbol los había borrado. Apliqué el oído al tronco y escuché el viento silbando en las calaveras de los amantes. Me pareció que les castañeaban los dientes. Allí dentro, en las entrañas de la madera, había dos cráneos entrechocando sus dentaduras careadas por toda la eternidad.

El segundo día vino un hombre. Lo vi acercarse desde lejos y me hice el muerto. A veces utilizo la inmovilidad cadavérica como mecanismo de defensa. Él se llegó a mí y me hurgó el costado con la contera del bastón. Yo hice como que soñaba. Soy tan bueno fingiendo que me metí en un sueño de engranajes y de flejes de acero. Unos gavieros surgidos de la nada empezaron a izar las velas acompañando su trabajo con cánticos de marineros. Eh...o, eh...o, eh...o.

Estas tierras son mías, dijo el hombre.

Abrí los ojos, me desperecé, sonreí.

El mundo es lo suficientemente extenso para que quepamos todos en él, dije.

Soy rápido de reflejos y bastante hábil en las distancias cortas. Mi frase pareció desconcertarle y lo dejó un tanto pensativo. Toda su fuerza mental se concentraba en el entrecejo. Se notaba que no estaba acostumbrado a la esgrima verbal. Probablemente nunca nadie le había llevado la contraria. Por otro lado, no había mucha agilidad en aquel trozo de carne comprendido entre la boina y las alpargatas.

Lo observé con detenimiento mientras él hacía funcionar su intelecto. El hombre limitaba al Norte consigo mismo, al Sur, con la tierra. No tenía ni Este ni Oeste. Por fin abrió la boca para balbucear unas palabras. Dijo que por hoy no importaba, pero que mañana me marchara. Y que tenía que pagarle por la hierba.

A las vacas no les gusta aplastada, dijo. La rechazan en cuanto huelen que ha dormido encima un hombre. Yo soy pobre, añadió, y no puedo permitirme comprar heno.

Estaba mintiendo. Era el ganadero más rico de la comarca. Saltaba a la vista. Los pobres no tienen ese aspecto tan redondeado. Él mismo me lo confesó más tarde, cuando descorchamos la segunda botella. No hay nada como el vino para que se muevan las lenguas. Me habló de la extraordinaria extensión de sus prados, de la increíble fecundidad de su ganado.

Además de ganadero soy teólogo, dijo cuando el vino empezó a rezumarle por los poros. Teólogo aficionado y poeta cinegético.

Estaba completamente borracho.

Discutimos durante horas cuestiones escatológicas. No me gusta la especulación, pero le di cuerda, la suficiente para que se ahorcara. Me propuso determinar en qué grado participan los profetas de la mente de Dios. Él defendía que la profecía era revelación directa del Alfarero. Yo le decía que probablemente no era sino la construcción mental de unos hombres dotados de una poderosa imaginación. Después hablamos de la organización exacta de las jerarquías celestiales. Aquí estuvimos de acuerdo. En cuanto a la concepción de María, él sostuvo que la inseminación se había producido a través del oído.

Una inseminación auricular, dijo. Sin duda.

Defendió que las palabras del arcángel Gabriel penetraron el tímpano sin romperlo, de la misma manera que la luz atraviesa el cristal.

Una vez en el vientre germinaron, dijo, germinaron como semillas de girasol.

Yo defendí la concepción nasal, no tanto por convicción como por suscitar un contraste de pareceres.

Creo, dije, que el cuerpo glorioso del arcángel desprendía un aroma mirífico que se introdujo por las narices de María. El perfume impregnó el útero y se produjo la Concepción.

Con la tercera botella conseguimos una síntesis razonable de ambas teorías. Le propuse a continuación trazar un mapa del limbo, pero ya las sombras se alargaban y el sol era una esfera rojísima sobre el horizonte.

Tengo que irme, dijo. He de supervisar la estabulación del ganado.

Antes de irse levantó el bastón sobre su cabeza y habló.

Propongo una reflexión nocturna, dijo: los diversos usos que dan a sus tres pares de alas los querubines. Siempre según las Escrituras.

Bajó el bastón, se giró sobre sí mismo y se fue tambaleándose colina abajo.

Me quedé sin nada que hacer, sin nada en qué pensar. Pasé la noche escrutando el arco del horizonte por donde calculaba que debía regresar Nené. Es

curioso lo del horizonte. Trescientos sesenta grados de oscuridad alrededor de una conciencia. Un viento negro arrastraba las nubes, que iban formando sobre mi cabeza extraños animales mitológicos.

Nené llegó por la mañana. Lo primero que divisé fue su gorro de caza rojo. Yo mismo se lo había regalado el día de su cumpleaños. Le gustaba llevarlo con las orejeras bajadas. Lo había cubierto de insignias. A veces, en el jardín de nuestra casa, se hacía pasar por un comandante soviético en la batalla de Stalingrado. Sacaba los trastos del cobertizo y los disponía simulando los edificios destruidos por el intenso bombardeo. Debía haber visto el escenario de la batalla en una película. Me llevo años de trabajo intenso desarraigar de él la fascinación por vivir las vidas ajenas que había aprendido en la pantalla.

La fantasía no te dará de comer, le decía. Sólo los espíritus prácticos sobreviven.

Le conté la historia del hidalgo que se montó en un rocín pulgoso y salió de su casa a arreglar el mundo, pero olvidó llevar camisas limpias y dinero.

Fracasó inevitablemente, dije. Por contra fíjate en las corporaciones financieras.

Es verdad, dijo.

Al día siguiente renunció a jugar al diábolo en el recreo.

Es un juego estúpido, dijo.

Aunque sé que lo dijo para agradarme, me sentí orgulloso. Empecé a pensar que podría hacer carrera de él.

Esto ocurrió en otros tiempos, cuando aún había esperanza. Luego se le cerraron las entendederas. Yo lo achaco a que leyó demasiados libros delirantes. Los leyó a escondidas, desde luego. Yo no lo hubiera permitido. Ahora que ha crecido siempre lleva uno en el bolsillo. De cuando en cuando lo saca y lo abre. Lo hace sólo para fastidiarme.

Nené subió fatigosamente la colina. Arrastraba un extraño remolque oxidado que asía con las dos manos.

Saca pecho, le grité.

Conviene animarlo de vez en cuando. Para aliviar la presión. No todo van a ser críticas. Hay que dar una de cal y otra de gravilla. Pensé decirle que desde mi punto de observación, se le veía soberbio en el esfuerzo, soberbio como la Victoria de Samotracia, pero me abstuve. No quería excitar su imaginación. Una vez desatadas las ligaduras no se sabe hacia dónde puede volar la muy puta. Se eleva, mariposea en el aire y se posa en cualquier lado.

Eso no es un dornajo, dije.

No pude contenerme. Se veía clarísimamente que se había equivocado. Soy partidario de llamar al pan Alberto y a la luna Catalina. Nené se detuvo ante mí. Resoplaba con la mirada fija en el suelo. Movi6 las 6rbitas de los ojos para poder mirarme sin necesidad de mover el cuello.

No hay dornajos en la comarca, dijo, sólo este carretillo. Los dornajos son historia

Lo examiné con cuidado. El óxido había comido las juntas. Y la rueda estaba floja, casi completamente deshinchada.

Cuánto te ha costado, dije.

Tres óbolos y cincuenta monedas de cobre, dijo.

A ver el cambio, dije.

Rebuscó en los bolsillos. Sacó un puñado de chatarra envuelto en un pañuelo sucio.

No tenían billetes, dijo, y me dieron estas monedas.

Conté las monedas. Faltaban cuatro.

Te han estafado, dije.

Me miró extrañado.

No puede ser, dijo, yo mismo las conté.

Lo miré fijamente, de entrecejo a entrecejo. Él bajó la mirada.

El mercader me pidió que formara un cuenco con las manos y fue echando en él las monedas, dijo.

Pues se quedó con cuatro entre los dedos, dije.

No puede ser, dijo.

Movía la cabeza a un lado y a otro con desconcierto.

Seguramente se han extraviado entre los pliegues de la ropa, dijo.

Desnúdate, dije.

Se quitó la ropa y me la tendió. Olía.

Dame la gorra, dije.

Repasé concienzudamente costuras y badanas. También los dobladillos y el forro.

Abre la boca, dije, y mueve la lengua de un lado a otro.

Las encontré bajo la lengua. Cuatro monedas húmedas y manoseadas.

Pasamos la noche en la colina, entre las ruinas de la casa. Esta vez no hubo pájaros. Sólo arañas. Por la mañana nos pusimos en marcha. Me senté en el carretillo. La inflamación de la pierna llegaba a la ingle. Me pregunté si tendrían que cortarme el miembro. La parálisis se extendía inevitablemente. Nené cargaba el equipaje y conducía. Debíamos apresurarnos.

Encontramos al cliente en una hostería, cerca de W. Era calvo y no muy alto. Carecía de cintura. Había centenares como él en la comarca.

El cliente estaba en el bar tomando una cerveza. Le dije a Nené que entrara y que ocupara una mesa cerca de la ventana. Así le podría transmitir instrucciones desde el exterior. Utilizábamos un código de gestos capaz de producir cerca de setecientos mensajes. Con paciencia y tenacidad había conseguido que Nené memorizara los básicos.

Nené entró y se sentó. Pidió una cerveza. La hostelera, una rolliza mujer de mediana edad, se desplazaba entre las mesas con ágiles movimientos proboscidos. Me vino a la cabeza un pensamiento involuntario: cuando dos elefantes luchan la que sufre es la hierba. Pero no hay tiempo para la meditación en el trabajo. El suelo de madera tembló ligeramente cuando se acercó con las jarras de cerveza. La hostelera se golpeaba con los picos de las mesas, con el respaldo de las sillas, pero eso no parecían afectarle. Estaba acolchada. Me la imaginé desnuda.

da en la cama, llamándome para que la follara, pero borré la imagen. No era un buen momento para fantasías sexuales.

La primera parte del trabajo consiste en la observación del cliente. Intenté imbuir esta idea en Nené. Sin una buena base no hay progreso posible. Es necesario ser muy claro en este punto. Claro e inflexible. El éxito de una misión depende de la minuciosidad con que la desarrollas desde el principio. No conviene abrir una puerta sin haber cerrado la anterior. En nuestra actividad lo ideal es ganarte la confianza de la víctima. Comer juntos, beber juntos, conversar, ir de putas.

El cliente había terminado el segundo plato y se disponía a despachar el pastel de manzana. Pastel de manzana con crema. Le dije a Nené que se acercara y entablara una conversación. Los temas pertinentes son el tiempo o las cosechas. Eso es lo propio en los ambinetes rurales. Extendí el pulgar y el índice, y los llevé a la oreja derecha. Era el signo para la primera fase. Lo habíamos ensayado millones de veces.

Me fijé mejor. El cliente no tenía pinta de agricultor. Más bien parecía un viajante de comercio o un vigilante nocturno. Para el caso es lo mismo. Le dije a Nené que hablara del trabajo y que pasara luego a la familia. Si esto no funciona siempre se pueden comentar los resultados deportivos. El fútbol nunca falla.

Nené se terminó la segunda jarra de cerveza. La tercera esperaba sobre la mesa. Estaba amarillo, que es el color que adopta cuando ha olvidado mis enseñanzas. Toqué con la uña en el cristal de la ventana. Insistí. Nada. Apuró la tercera jarra, se levantó y caminó hacia el cliente. Se desplazaba como un autómatas que padeciera un súbito entumecimiento de las articulaciones. Pensé en el desastre que se avecinaba. El sudor de las manos le delataba. Le indiqué por señas que se pusiera los guantes, pero no me vio. No quería abandonarlo a su suerte a pesar de todo, aunque a veces pienso que debería haberlo hecho. Avanzó a pequeños saltitos y se colocó detrás del cliente, que en ese momento rebañaba la crema con la cuchara y la vertía sobre el último trozo de pastel de manzana. Nené temblaba. Intenté decirle que se alejara, que dejara el trabajo para mejor ocasión pero fue inútil. Toda su mente estaba ocupada por los fantasmas interiores. Cuanto más lo entreno para actuar bajo presión, menos me escucha.

Por fin ocurrió lo inevitable Nené dio dos pasos, se dobló como una bisagra y salió corriendo. Lo encontré gimiendo, con la mejilla apoyada en el tronco de un cerezo. Volvimos a la hostería. El cliente estaba pagando la cuenta. Al poco salió mondándose los dientes con un palillo. Empezó a caminar pausadamente hacia el Oeste. Se sujetaba los pulgares con los tirantes o viceversa, nunca lo he tenido muy claro.

Tuve que resolver el asunto con mis propias manos. Fue cerca del balneario abandonado. El cliente se había tumbado bajo un magnolio a echar la siesta. Fue fácil y rápido. Nené no quería, pero le obligué a que golpeara el cadáver con un palo. Luego lo arrojamos a la piscina. La nata verde se abrió como un sexo y lo engulló. Flop. Eso fue todo. Flop.

Cada uno labra su propio destino, dije.

Nené asintió. Se había hecho tarde. Acampamos en una especie de atrio invadido por la hiedra. Con el atardecer llegaron puntualmente los pájaros.

*Juan José Cabedo Torres*